

Para seguir buscando el Paraíso

To continue searching for Paradise

Thérèse Bouysse-Cassagne

Centre National de la Recherche Scientifique / French National Centre for Scientific Research, Sciences Humaines.

E-mail: therese.bouysse.cassagne@gmail.com

Resumen

El libro de Teresa Gisbert, *El Paraíso de los pájaros parlantes*, se basa en el mapa de León Pinelo para situar el Paraíso en los Andes y encontrarlo en los cuadros del barroco que estudia. La autora del presente artículo busca, a su vez, el Paraíso en las fuentes del Medievo europeo y en particular en los principales mapas que lo diseñaron, antes del descubrimiento de América. Se trata de un diálogo con la obra de Teresa Gisbert, en el que la investigación está pensada como una *Navegatio* hacia lo desconocido y donde lo imaginario precede siempre lo conocido.

Palabras claves: *Navegatio* de San Brandan, búsqueda del Paraíso en los mapas de la Edad Media

Abstract

The book of Teresa Gisbert, El Paraíso de los Pájaros parlantes, is based on the map of Leon Pinelo as a basis for locating the Paradise in the Andes, in the baroque paintings she studied. The author of this article, in turn, looks for Paradise in the sources of the European Middle Ages and in particular in the main maps that represented it, before the discovery of America. It is a dialogue with the work of Teresa Gisbert, in which the research is thought as a "Navegatio" towards the unknown and where the imaginary always precedes the known.

Keywords: *Navegatio* of Saint Brendan, Search for Paradise on maps of the Middle Ages.

En París, durante una larga sobremesa Philippe te dio a conocer el libro La Navegatio de Saint Brandan y así es como empezamos a hablar del Paraíso. Con las prisas y

el entusiasmo que te caracterizaban, al día siguiente tuve que acompañarte a una pequeña editorial que se encuentra frente a la Sorbona donde compraste el libro en cuestión. De vuelta en Bolivia, escribiste *El Paraíso de los Pájaros parlantes*.

Fecha de recepción: 21 de noviembre 2018

Fecha de aceptación: 10 de diciembre 2018

Master en literatura hispano americana, diploma de Ciencias políticas, Doctorado de etnohistoria. Actualmente es Directora de Investigación emérita en el C.N.R.S. (Paris, Francia). Publicaciones: ver libros y artículos en www.academia.edu: *La identidad aymara. Aproximación histórica (siglo XV-XVI)*. La Paz: hisbol, 1987; *LLuvias y Cenizas, Dos Pachacuti en la historia*. La Paz: hisbol, 1988; “*Saberes y Memorias en los Andes*”. *Thierry Saignes in memoriam*, Paris – Lima: IHEAL-IFEA, 1997; *San Bartolomeo dalle Eolie alle Ande*, Onlus: Centro di Documentazione e Ricerca per la Sicilia Antica “Paolo Orsi”, 1999; con Tristan Platt, Olivia Harris y Thierry Saignes, *Mallku, Inca, Rey. Historia de la confederacion Qaracara-Charka*. La Paz: Institut Français d’Etudes Andines, Ambassade de France en Bolivie, Institute of Latin American Studies (Londres): Goldsmith’s College (Londres), University of St Andrews, Institute of Andean Research (New York), Inter-American Foundation (Washington), Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, 2006.

1. “Navegar es preciso”

Según estudios recientes, *La Navegatio de San Brandán* fue escrita alrededor del año 800 (Savinia Lenoble 2017). Se trata de una obra muy leída durante la Edad Media que abunda en seres fantásticos y citas de referencias, principalmente sacadas de los bestiarios, de los autores de la Antigüedad y de la Biblia.¹ Numerosas adaptaciones de la *Navegatio* existieron y su gran difusión demuestra el éxito que tuvo durante el Medievo, de tal modo que diversos fueron los debates acerca de ella. Muchos se preguntaban si se trataba de un verdadero viaje, de una alegoría monástica, de un relato legendario céltico, de una epopeya cristiana.

A partir del siglo VII, la mayoría de las representaciones del mundo disponibles en la Europa cristiana las constituían los mapas de un mundo dividido en los tres continentes post- diluvianos.

No cabe duda que León Pinelo, hombre de gran tradición hebraica, pero sobretodo lector culto, llegó a conocer entre 1645 y 1650 el primer gran libro del Medievo que le había precedido en su búsqueda del Paraíso, cuando escribió su *Paraíso en el Nuevo Mundo*.

Son estas primicias, antes que se descubriera América, que nos interesaran aquí, en este breve homenaje a Teresa Gisbert y a su gran obra, con el fin de seguir con un dialogo que habíamos entablado hace años, cuando ella todavía estaba entre nosotros.

Conforme con la idea de que el Paraíso tenía una existencia terrestre, lo buscaremos no solo en los textos sino también en las imágenes de los mapas. No se tratará de hacer una historia de la cartografía, que no nos incumbe y que ya se hizo, sino de presentar algunas de las representaciones del mundo

1 Como aquel monstruo marino, el Jasconius, que se parece a otro que se encuentra en la *Historia Natural de Plinio*, en el Libro IX, 2-11 dedicado a los animales acuáticos en el que describe los monstruos del Atlántico y del océano Indico.

que incluyen el Paraíso, imágenes que se abandonarían paulatinamente a medida que el imaginario que sustentó los grandes descubrimientos dejara más espacio a un conocimiento empírico real (de Smet, 1967: 326-335).

Teresa Gisbert, basándose en el libro de Pinelo y en su famoso mapa americano, encontró a su vez su Paraíso, lejos del mar, al contrario del de la *Navegatio*. Lo hallo en las verdes y edénicas imágenes de un barroco altiplánico que mezclaban varios de los grandes mitos medievales que encontramos en la *Navegatio*, con las creencias andinas. Sorprendiéndonos, una vez más, al demostrar que gente que vivía en un paisaje reputado yermo como el altiplánico, era capaz de imaginar y representar un mundo rebosante de flores, árboles y pájaros que plasmaba un ideal paradisiaco y evocaba al mismo tiempo las tierras bajas constituyentes de su imaginario y los grandes símbolos de la fábula cristiana. Se trata de un Edén americano, un jardín de las delicias renovado, en el que las páginas del libro de Teresa Gisbert subvierten las imágenes de aquel primer jardín plantado por Yahvé en la Biblia, donde crecían el árbol de la Vida y el del Conocimiento y brotaban los cuatro ríos del Paraíso.

Pero volvamos, a nuestro punto de partida, la *Navegatio*, un libro que trata de un viaje iniciático que combina el imaginario y la reflexión cristiana relacionada con la búsqueda del Paraíso terrenal. Es a la vez un viaje en el mundo de la maravilla y en el corazón de la fe cristiana (Savinia Lenoble, 2017: 11). Acercamientos entre algunos lugares geográficos, como las islas Feroe o Islandia y el texto de la *Navegatio* inducen sin embargo en pensar que algunos elementos de carácter maravilloso pudieron inspirarse en verdaderos descubrimientos y aventuras marítimas (Ibíd.: 68), como lo sugieren algunos mapas antiguos.

La vida de San Brandán, que se sitúa en la larga tradición de las hagiografías irlandesas, ofrece, sin lugar a duda, un conocimiento geográfico y topográfico de Irlanda, pero sobretodo se construye en torno a una “peregrinación”, un viaje marítimo, como búsqueda de un modo de vida monástica tanto simbólico como real. El historiador francés Jacques Le Goff, que tanto se interesó en el Occidente del Medievo y en sus creencias, en el capítulo II de su *Imaginario medieval*, dedicado al imaginario cristiano en el desierto, se interesaba en el mar como lugar predilecto de las peregrinaciones irlandesas y escribe

... desierto insular más que otro buscado por los monjes celtas y nórdicos, quienes escribieron un gran capítulo de la antropología histórica del desierto marítimo, de los desiertos del mar y del frío

(...)

para estos monjes el mar tomo el lugar del desierto de Egipto.

San Brandán, cuya herencia marítima ha sido contada por uno de los libros con más éxito del Medievo, la *Navegatio Sancti Brendani*, navega de isla en isla encontrando maravillas y monstruos, esquivando el infierno, llega finalmente al Paraíso². (Le Goff, 1985: 64).

No podemos descartar la idea que varios relatos orales que circulaban en Irlanda (los *echtrae*) que trataban del viaje de un humano hacia el otro mundo del imaginario céltico, hayan podido inspirar la *Navegatio*. Otra tradición, más cristiana, la de los *immram*, se distinguía de la anterior por situar el viaje –y no el destino– en el corazón del relato y es probable que ambas hayan influido en la idea del paradisiaco destino de la *Navegatio*. La *Navegatio* retoma indudablemente elementos constitutivos de ambos géneros. Varios críticos compararon también esta obra con la *Eneida* de Virgilio y, efectivamente, el libro se construye como un largo viaje compuesto por más de diez y siete etapas, algunas de ellas constituidas en torno a varias islas, entre ellas figura la famosa “isla de los pájaros” que inspiró a Teresa Gisbert el título de su libro.

El “*Paradysus aviium*” es la cuarta isla encontrada por Brandán y está cubierta de árboles en flor cuando, desde su barco, la divisan los monjes navegantes. Conviene entonces remontar un río para llegar a ella. Brandán, que se quedó en el barco mientras su tripulación pone pie en tierra, nota improvisadamente encima de su cabeza un árbol lleno de pájaros blancos. Frente a esta multitud de aves, estalla en llanto y suplica a Dios que le revelase el misterio de esta aparición. Nuestro santo los identifica en seguida como los enviados de Dios cuando uno de ellos, que se posó en la proa de su barco, le habla.

Al momento de partir, aquel pájaro completa su profecía diciendo que la tripulación festejara Pascua en la mismísima isla y, mientras zarpa el barco, los pájaros empiezan a cantar salmos.

Sin embargo, las prácticas litúrgicas de los pájaros son algo sorprendentes. En vez de recitar los salmos se contentan con repetir su primer verso. Una liturgia entera parece, a pesar de todo, haber sido respetada. En realidad, estos pájaros son los ángeles neutros que aparecen en algunas de las versiones apócrifas de la Biblia y que no tomaron partido ni por Dios ni por Satanás cuando el Arcángel San Miguel peleó con el dragón. Son aquellos ángeles que Dante cita en su Infierno (III, 37-42).

Según la *Navegatio*, algunos ángeles no hubiesen entrado ni en las filas del Señor ni de Satanás. Al no haber sido enviados al Infierno, se habrían quedado en la Tierra, transformándose en pájaros los días festivos³.

2 La traducción es mía.

3 Sin embargo, según otra interpretación distinta, los pájaros no serían otros que unos ángeles que hubiesen servido al Príncipe de la Tinieblas y que estuvieron condenados a cantar al Creador (Lecoq, 2002: 44).

Aquí tenemos entonces el inicio de la leyenda, que irá ganando terreno en los Andes y se expresará en última instancia con una interpretación renovada en los cuadros angelicales y en algunas composiciones paradisiacas estudiados por Teresa Gisbert.

Sobre el mapamundi de Ebstorf (ca. 1300), casi contemporáneo al mapamundi de Hereford citado por Teresa Gisbert, y en el Atlas catalán que mencionaremos ulteriormente, las islas de Viarces y de Brydinuus son famosas por su abundancia en pájaros. Aquellos arman un tumulto tal y tan parecido al trueno que consiguen incluso tapar el ruido de las olas y del viento y sus plumas forman encima de las islas una especie de gran nube. Notemos también que el Atlas catalán apunta la presencia, encima de las islas del Mar Caspio (entendidas como un golfo del Gran Océano oriental), de halcones que sus habitantes se atreven a capturar sólo para el uso personal del Gran Khan, señor y emperador de Catay” (Lecoq, 2002: 44).

Los cartógrafos inspirados trazaron paulatinamente nuevos recorridos donde el imaginario de la época entrecruzaba los relatos maravillosos de la Biblia y dibujaban los animales fantásticos de los Bestiarios. Esos mapas daban a los mitos el peso de la realidad, anclando los grandes espacios de la mitología cristiana que son el Purgatorio, el Infierno y el Paraíso en unos espacios-tiempos reales. Así nacieron muchos mapamundi y hermosos portulanos que constituyen para nosotros las primeras imágenes de una geografía que con el tiempo ira constituyéndose en ciencia. Con razón Le Goff, en el prefacio de su obra sobre *El Imaginario medieval* (1985, XV-XXI), habla de “espacios- tiempos impregnados de real y de imaginario”. Es esta mezcla que rinde cuenta de toda la riqueza y de la complejidad de nuestras fuentes escritas y figuradas y que nos permite entender porqué el descubrimiento de América y los primeros siglos de la Colonia iban a ofrecer a la fábula cristiana tierras nuevas donde aquellos herederos de la España medieval seguirían imponiendo su cuño.

Las islas constituyen uno de los elementos mayores de la cartografía marítima, de la que ilustran los progresos. Fundan también una parte importante de las grandes obras cosmográficas.

Pero, pequeño espacio cerrado, lugar de predilección para los monjes, la isla es sobre todo un refugio difícil de descubrir. Los atlas, a pesar de su realismo o de su gusto por el detalle, se olvidan a veces de mencionar las coordenadas geográficas que hubiesen permitido encontrar una isla en medio del mar. La isla vagabunda, perdida en medio del océano, es una representación de la condición humana. Canarias, Madeira, Azores son en la inmensidad del océano como tantas y tantas pequeñas tierras que conviene alcanzar antes de emprender el gran viaje hacia lo desconocido. En los mapas de la Edad Media, a menudo su perímetro es difuso de tal modo que la isla forma una

categoría a parte entre el mundo terrestre y el mundo marítimo; en el fondo, es bastante parecida a aquellos marineros que según la frase, comúnmente atribuida a Platón o a Aristóteles, formaban una categoría particular entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Límites del mundo conocido, las islas son efectivamente constituyentes de una categoría a parte en el imaginario de los occidentales: las misteriosas como Tulé en el Norte, las Afortunadas al Oeste, Taprobane al Este.

Muchos navegadores creyeron en las islas fantasmas, de tal modo que la Isla de San Borondon (el San Brandán de la Navegatio) dio lugar a una leyenda de origen canario a partir del momento en que fue plasmada en el océano por los cartógrafos medievales, precisamente en Canarias. Debido a sus características que la sitúan entre mito y realidad, podía aparecer, desaparecer, esconderse tras una capa de nubes o de neblina: por eso ha sido llamada la Encantada, la Perdida, la Escondida. Es una isla que se encuentra, en el mapamundi de Ebstorf, frente al jardín de las Hesperides, y en el mapamundi de Hereford, reproducido por Teresa Gisbert a partir de Delumeau (1992). Muchas expediciones navales de finales del siglo XV, que justificaban su existencia, han buscado aquella isla Afortunada. Cristóbal Colón se interesó en ella, así como Gomara y Las Casas.

2. ¿Dónde está el Paraíso de los mapas?

El Paraíso terrenal puede ser y no ser alcanzable (como aquellas islas que se desvanecen). Lo que es cierto es que la Edad Media conoce sus esplendores, incluso los que afirman que nadie pudo penetrar en el Paraíso desde la caída de Adán son capaces de dar una descripción de él.

A partir del siglo VIII, la gran mayoría de las representaciones del mundo de las que dispone Europa son aquellos mapas OT, en forma de T en la O, orientados con el este arriba, centrados en Jerusalén, rodeadas por el océano y con los tres continentes conocidos (Europa, Asia y África) divididos por el Mediterráneo, el Tanaïs (Don) y el Nilo. El mapamundi en OT que reproduce Teresa Gisbert en su libro (1999: 157) fue en realidad dibujado en Augsburgo por Gunter Zaïner en 1472 para ilustrar las *Etimologías* de San Isidoro; es decir que hasta una fecha tardía pudieron circular todavía mapas en O.T. con cierto toque arcaizante para la época.

Dos tradiciones confirmaban la localización asiática del Paraíso: la existencia de los famosos Cristianos de Santo Tomás en las costas de Malabar en la India, y la leyenda de los Reyes magos. En cuanto al preste Juan, era para el imaginario occidental, la figura de un Rey cristiano en algún lugar de Asia, cerca del Paraíso, (Delumeau, 1993-1994). Mandeville escribe,

efectivamente, que más allá del Reino del Preste Juan, yendo hacia el Oriente, tan solo hay montes, rocas y tinieblas y que estas se extienden hasta el Paraíso (Mandeville, 1993: 227).

Pero en regla general, estas representaciones del mundo en O.T. fueron progresivamente abandonadas a partir del fin del siglo XII, en razón de una nueva representación de los mapamundi concebida por Al-Idrissi (en 1154) que preconizaba su abandono, así que este tipo de representación perdió progresivamente terreno (Al-Idrissi, classes BNF).

Hasta el siglo XII, la tierra estaba dominada por el Paraíso y el mundo dividido entre los hijos de Noé. En el siglo XII se difunde la versión latina de un texto escrito en griego, el *Alexandri Magni Iter ad Paradisum* del Pseudo-Calístenes, probablemente escrito en el III siglo a.C. Esta obra describe un Oriente maravilloso y fantaseado donde Alejandro hubiese llegado hasta el Paraíso pero sin entrar en él. Efectivamente, en la Antigüedad la literatura geográfica ligada a las conquistas de Alejandro había multiplicado, en las descripciones de la India en particular, las referencias a la abundancia de las especies, de las piedras preciosas y de las hierbas aromáticas que estimularon el imaginario del Medioevo. Estas viejas imágenes de la Antigüedad que evocan el oro, los metales y las rutas comerciales que se abrían entre Oriente y Occidente fueron evocadas a su turno por Bède el Venerable (672-735)

Hasta el siglo XIV, además de las lecturas de la *Geografía* de Ptolomeo, de las obras de Strabon, de Plinio el Antiguo, y de Pomponius Mela, se sumaron las de nuevos textos: el *Imago Mundi* de Pierre d'Ailly (1356) y la *Cosmographía* de Aeneas Sylvius Piccolomini (Pío II) impresa en Venezia en 1477.

A lo largo de los siglos XV y XVI, los mapas nos enseñan un mundo que todavía no es tanto el mundo real como un mundo utópico, y cuando los continentes aparecen en ellos, están a la misma altura que los mitos y creencias que eran los de aquel entonces. Estos mapas que expresan a la vez el sueño y la realidad dan sin embargo a los mitos la visibilidad y el peso de la existencia.

A lo largo de “la larga Edad Media”, la Tierra habitada, la *oekoumene*, tan solo representa a menudo en aquellos mapas una cuarta parte del globo terrestre y figuraba en forma de círculo o de almendra, rodeada por el océano y los mares, entre ellas el Mediterráneo, que se adentran a menudo profundamente en las tierras. Esta Tierra habitada estaba surcada por ríos a veces tan azules como el mar, y de montes oscuros, marrones y compactos.

Los mapamundi medievales, entre ellos los de los Beatus y muchos de los mapas posteriores, sitúan el Paraíso no solo del lado del Oriente, lo que corresponde a una opinión compartida por Jerónimo, Isidoro (cf. infra p. 6) y Bède el Venerable, sino también en la cima de un monte que no consiguió tapan las aguas del Diluvio, y es allí donde se respiraba el aire más puro del mundo.

La creencia en la situación oriental del Paraíso resultaba de dos nombres de ríos conocidos desde la antigüedad y de cierta ambigüedad de la traducción latina del texto bíblico. En efecto, la palabra, *o principio* (al comienzo) fue entendida como *ad orientem*, es decir al este.

El final del siglo XIII inicia un gran cambio, con los portulanos y el uso de la brújula. La posición del Oriente pasará de ubicarse en la parte de arriba de los mapas donde se la situaba hasta entonces (así como el Paraíso por estar al comienzo), a su derecha, recobrando así el viejo esquema clásico que visualizamos en el mapa de Ptolomeo, es decir con el Norte en la parte de arriba. La creencia que el Paraíso se había librado del Diluvio implicaba que se encontrara efectivamente situado en un lugar elevado, en la cima de un monte, no lejos de la Luna, lo que lo convertía en la fuente de agua de la Tierra entera. Siguiendo a Aristóteles, se podía vivir en las antípodas y por ese motivo se buscó también un paraíso localizado en el hemisferio austral, más concretamente en África, en la montaña de la Luna donde nacía el Nilo.

Un viajero como Mandeville se hizo el eco de esta creencia cuando escribe: “Paraíso terrestre, dicen que se trata de la tierra la más alta en el mundo, y en oriente esta al comienzo de la tierra. Es tan brillante que toca de muy cerca el círculo de la luna, por el que la luna da su vuelta” (Mandeville 1993, [1356])⁴. Y Pierre d’Ailly (cap.VII) cuenta que muchos consideran que el Paraíso se encuentra en un monte hacia el Oriente y Cristóbal Colón, que anotó aquel libro, concluyó que efectivamente el Paraíso terrestre estaba en un lugar elevado como lo veremos (Colón, T. III: 29).

Separado por su altura y por las aguas, el Paraíso lo es también por el fuego y la espada. Así es como surge toda una geografía nueva⁵ que León Pinelo retomará a su vez. De hecho, todas las localizaciones geográficas fueron imaginadas: el Paraíso se buscó en el Este, arriba de la Tierra, en los confines del cielo. En los mapas OT, Ceylán, Sumatra, China o la India son sinónimos de Edén. Se lo buscó también en el Norte, luego en el Sur ya que Tomás de Aquino sugería que se encontraba “por debajo de Ecuador en un

4 La traducción es nuestra

5 Isidoro P. L. 82 col. 496-97 “Paradisus est locus in Orientis partibus constitutus cujus vocabulum ex Graeco in Latinum vertitur hortus; porro Hebraice Eden dicitur, quod in nostro lingua deliciae interpretatur. Quod utrumque junctum facit hortum deliciarum; est enim omni genere ligni et pomiferarum arborum consitus, habens etiam lignum vitae; non ibi frigus, non aestus, sed perpetua veris temperies. E cujus medio fons prorumpens totum nemus irrigat, dividiturque in quatuor nascentia flumina, cujus loci post peccatum homini aditus interclusus est. Septus est enim undique romphea flamma, id est muro igneo accintus, ita ut ejus cum coelo pene jungatur incendium. Cherubim quoque, id est angelorum presidium arcendis spiritibus malis super rompheae flagrantiam ordinatum est, ut homines flammae, angelos vero malos angeli (boni) submoveant, ne cui carni, vel spiritui transgressionis aditus Paradisi pateat”.

lugar templado”. Se lo siguió buscando en Etiopía, Armenia, Mesopotamia y Palestina.

Al Oeste, Cristóbal Colon, (tercer viaje) que pensaba encontrarse en la ribera oriental de Asia, creía que lo encontraría al remontar el río Orinoco.

3. Los mapamundi religiosos de los *Beatus*

La presencia del Paraíso fue mencionada en los mapamundi hasta el siglo XVII, como lo constatamos, lo que atestigua de la influencia religiosa dominante. Algunos de los *Beatus* fueron escritos entre el siglo VIII y el XII en España; se trata de comentarios del Apocalipsis, ilustrados por coloridas iluminaciones a menudo mozárabes. Muchos de ellos contienen los mapamundi que nos interesan aquí por el lugar donde sitúan el Paraíso. Reflejan el convencimiento generalizado de que existía el Paraíso y reflejan también la idea de que el Paraíso se encontraba a la vez al comienzo de la aventura humana y en la cima de la representación geográfica. La concepción de Jerusalén como *umbilicum mundi* es bastante usual en aquel tiempo y por eso los *Beatus* constituyen un aporte importante a la geografía teológica.

El Mapamundi del *Beato de Saint Sever*, (BNF Ms. Lat. 8878) que fue elaborado alrededor de 780, incluye los comentarios del Apocalipsis del *Beatus* de Liébana (Cantabria). La función principal de este mapa temprano es la de enseñarnos la dispersión de los apóstoles después de Pentecostés. Para ello, se funda en las Santas Escrituras y en Isidoro de Sevilla. Su autor considera que el apóstol Santiago viajó hasta los Confines de la Tierra y escribe a este propósito que este viajó en Hispania y en las regiones occidentales. En este mapamundi, la tierra está dividida en tres continentes: en la parte superior y al Este se encuentra Asia, en el cuarto inferior Europa, según una partición que remontaría al Diluvio cuando la Tierra fue dividida entre los tres hijos de Noé: a Sem Asia, a Cham África y a Japhet Europa, estando separados en este caso los continentes por ríos y mares como solía exigirlo la cosmogonía medieval. Erwin J. Raisz estableció una transcripción del curioso mapa de Saint Sever. Reproducimos en las figuras 1 y 2 el original y su transcripción por Erwin J. Raisz.

Como constatamos, el Paraíso estaba situado en el extremo Este del mundo en Asia. En Asia se encuentran entonces en el mapa del *Beatus*, el jardín de Edén y los cuatro ríos (Tigre, Euphrates, Pishon y Gihon). En la costa meridional, figura India, atravesada por el río Ganges así como el Indus, y frente a la India se halla la famosa Tabropane (Ceylan).

Uno de estos *Beatus*, compuesto en España hacia 787 por el obispo Osma en la diócesis de Burgos (conservado en el British Museum), contiene

un mapamundi que ilustra la misma geografía sagrada que el anterior. En este caso, el Paraíso está localizado más abajo del océano. En la parte superior de la representación figura un escrito que llama la atención y en el mismo lugar donde se encuentran Adán y Eva, el árbol del Conocimiento y la serpiente. El Paraíso está localizado, en este caso, entre los nombres de Caucasia, Asiria, Persia, Caldea e India (Fig. 3. *Beatus de Osma*). En el mapamundi de Lamberto de Saint Omer (1120), la tierra está circundada por el océano pero el Paraíso, esta vez, está situado encima de la India última (BNF. Man. Lat. 8865).

En el mapa del *Beatus* de Arroyo de finales del siglo XII o principios del XIII (conservado en la B.N.F, Paris, Man. Lat. 2290) que, una vez más, incluye los *Comentarios sobre el Apocalipsis*, las figuras de Adán y Eva, los habitantes del Paraíso, se encuentran en un rectángulo debajo del cual y pegado a él leemos la palabra “Jerusalén” y, cerca de ella “Jordania” y “Sidón”. En el caso de este *Beatus*, una sirena se encuentra en el océano y está surcado por barcos y poblado de islas habitadas. Entre ellas pudimos distinguir a la lectura: Cecilia, Scotia, Islandia, Anglia, Sardinia, Tule (Fig. 4. *Beatus de Arroyo*). Es siempre al mismo sistema geográfico que pertenece el mapamundi de Hereford (ca.1300) citado por Teresa Gisbert, que representa el Paraíso en forma de isla al Este. Los cuatro ríos tradicionales en este caso salen del árbol del Conocimiento, mientras que Adán y Eva están comiendo la manzana prohibida que les entrega una serpiente. Este Jardín del Edén está rodeado por un muro circular, cerrado por una puerta que guarda y prohíbe su entrada (Delumeau, 1992: 89).

4. Mapas-portulanos e insulari

Los mapas y portulanos de finales del siglo XIII elaborados por los marineros fueron concebidos en primer lugar para la navegación y el comercio. Estos mapas sirvieron para preparar viajes, situar las rutas de los pilotos, percibir la extensión de los circuitos comerciales y localizar las zonas de influencia de las potencias marítimas. Sin embargo, rápidamente se convirtieron en instrumentos de prestigio donde la experiencia de los marineros llegó a combinarse con toda una serie de informaciones y ocurre lo mismo con los libros. Así es como el viaje de Marco Polo (1298), una de las fuentes más usada por Colón, contiene a la vez elementos de exploraciones y otros que podríamos considerar como meras invenciones; en 1492, poco antes de que Colón emprendiese su viaje, en su mapamundi, Martín Behaim hacía comunicar los océanos entre ellos y ubicaba a Cipango, afirmando que San Brandán llegó hasta aquella isla.

A diferencia de las construcciones escolásticas de los monjes que escriben desde sus conventos, los portulanos enseñan una cartografía “al aire libre” (Lestringant, 2004), dibujada desde la proa de los barcos, lo que no significa que no incluyan una parte imaginativa.

Una de las características de los portulanos catalanes, entre los que figura el de Dulcert, es la de abarcar un espacio amplio que va desde el norte de Europa hasta África del Norte. El conocimiento de esta parte del Mediterráneo había sido favorecido por los judíos que habían emigrado a Mallorca después de la reconquista cristiana de 1229, pero que seguían manteniendo lazos familiares y comerciales con el Magreb. Los conocimientos de los portulanos catalanes, además de las informaciones proporcionadas por los judíos, demuestran que tuvieron acceso a las de los comerciantes, de los aventureros musulmanes o paganos. Además, los catalanes plasmaron en sus mapas las divisiones políticas del mundo que conocían.

Los archipiélagos del *Atlas catalán* (1375) y del *Atlas Miller* (1519) dan la idea de una imagen de lo que representa una isla para los contemporáneos de los grandes descubrimientos. Sus colores deben sugerir lo que uno espera encontrar en ella: oro, esmeraldas, rubís, zafiros... Los cartógrafos mencionan también la pimienta, la canela, la nuez moscada, el sándalo, el clavo de las Islas Especiarías, como las Molucas donde los portugueses se instalaron a partir de 1511. Son obras que utilizan la experiencia de los marinos conjugándolas con informaciones literarias más que cartográficas y que permiten soñar con viajes y meditar sobre la sucesión de los topónimos alineados a lo largo del litoral marítimo. Así, el viajero que se embarcaba en el mar pudo imaginar circuitos, contemplar las ilustraciones que abrían campo a otras tierras ricas o peligrosas pero siempre salpicadas con islas, etapas obligadas de las rutas marítimas.

Si nos fijamos en el portulano que diseñó en Mallorca Angelino Dulcert en 1339 (B.N.F Paris, Rés. GE.B.696), vemos que lejos de contentarse con los nombres de los puertos que se encontraban en la costa, empezó a dibujar las ciudades del interior como Roma, Perugia, Boloña, Milán, Lyon, Toledo, Salamanca. De tal modo que por primera vez, las rutas terrestres que unían las ciudades entre ellas empezaban a completar las rutas del mar para hacer del Mediterráneo el espacio en movimiento que fue estudiado tan magistralmente por Fernand Braudel.

El portulano de Dulcert— que además de las ciudades del interior muestra lagos, ríos, montes— va mucho más allá que los demás mapas que no incluían hasta entonces informaciones geográficas tan numerosas.

El *Atlas catalán*, realizado en torno a 1375, se sitúa al encuentro de dos modos de representación del mundo: el primero que surgió a fines del siglo XII está centrado en el Mediterráneo; el otro, más antiguo, heredero de un

modo medieval de representar la Tierra como una gran enciclopedia visual donde se ubican todos los saberes, en forma de textos y de imágenes. La rosa de los vientos es uno de las primeras en figurar en un mapa náutico.

Este atlas está constituido por seis mapas y seis comentarios, dibujados sobre pergamino. Empieza por una descripción cosmográfica, seguida por cuatro mapas: dos para Europa y la cuenca mediterránea, desde el Mar Negro hasta Inglaterra, y dos para el Oriente, desde China hasta el Golfo Pérsico. Todos están surcados por las líneas de los vientos, incluso las partes continentales. Poquito a poco este mapa se vuelve más impreciso y se abre a los mundos imaginarios, en los límites del mundo conocido.

El límite occidental del mundo conocido se sitúa en las islas Afortunadas (las Canarias) designadas como el lugar del Paraíso terrenal (Fig.5. Atlas catalán).

Las islas Afortunadas están situadas en el gran mar, del lado de la mano izquierda, tocan el límite del occidente; no están alejadas en el mar. Isidoro lo dice en su libro XV: “Estas islas se llaman Afortunadas porque son abundantes en trigo, en frutas y árboles. Los paganos piensan que en ellas se encuentra el Paraíso, en razón del dulce calor del sol y de la fertilidad de su tierra”. Isidoro dice también “que los árboles crecen allí por al menos ciento cuarenta pies de alto y que están cubiertos de frutas y de pájaros. En ellas hay miel y leche, sobre todo en la isla de Capria, cuyo nombre procede de la multitud de cabras que se encuentran en ella. La isla de Canarias se llama así por la multitud de canes grandes y fuertes que viven en ella. Plinio, el maestro en geografía, dice que entre las islas Afortunadas hay una que donde crecen todos los bienes y todos frutos de la tierra, sin sembrarlos ni plantarlos. En lo alto de las montañas se encuentran árboles olorosos cubiertos de hojas y frutos en todas las estaciones. Los habitantes comen de ellos parte del año: luego hacen sus mieses en vez de cortar los árboles. Entonces los paganos de la India piensan que las almas después de la muerte, van a vivir a aquellas islas, y que siguen viviendo allí eternamente del perfume de sus frutos. Piensan que allí esta su paraíso, pero en realidad se trata de una fábula”.

En el mismo momento en que Mandeville defendía el acceso al Paraíso escribiendo que “ningún mercader ni otra persona puede llegar al Paraíso por mar o por tierra. Numerosos señores lo intentaron muchas veces por aquellos ríos que van al Paraíso, pero ningún pudo ir más adelante. Ningún mortal puede acercarse a él”, Abraham Cresques dibujaba en su Atlas un Paraíso escatológico. Por debajo de las islas Afortunadas se encuentra dibujada en el mapa la vela áurica usada por Jaime Ferrer en su expedición al Río de Oro, el 10 de agosto de 1346.

En 1413, Mecía de Viladestes firmaba un portulano de grandes dimensiones, bastante similar para la parte occidental al *Atlas catalán*, también es-

crito en catalán. Como Abraham Cresques y como su hijo Jefuda, Villadestes era judío y tuvo que convertirse al cristianismo. Mecía de Villadestes representó los cuatro reyes que se encuentran en el *Atlas catalán* de los Cresques, y en el codo formado por el río Nilo, ubicó al preste Juan, manifestando de esta forma el interés de los catalanes por los cristianos etíopes. Hacia el Oeste, las islas del Atlántico prolongan los sueños orientales del *Atlas catalán*; combinan de nuevo el mito y la realidad económica figurando esta vez la leyenda de San Brandán junto con una caza a la ballena (Paris, B.N.F. Rés. Ge AA566).

Ni los judíos ni los cristianos dudaron de la existencia del jardín del Edén en Oriente (Génesis 2, 8, 17), ni de la existencia de un río que salía de aquel jardín y que se dividía a su turno en otros cuatro. Para muchas generaciones de cristianos y hasta el siglo XII, el relato del Paraíso debía tomarse al pie de la letra y la realidad histórica del Edén era una evidencia (Delumeau, 1992). Para Isidoro de Sevilla, el Paraíso era un huerto donde crece el árbol de Vida y durante la Edad Media, una excelente síntesis de las creencias de la gente la dieron tanto Mandeville (1356) como Pierre d'Ailly (1356). Estos formaron parte de las lecturas de Colón, así como la *Historia Natural* de Plinio, *la Vida de los Hombres ilustres* de Plutarco, la *Geografía* de Ptolomeo y la Biblia.

Algunos de estos ejemplares anotados de su mano están conservados en la Biblioteca colombina de Sevilla. En ella, se encuentra también el libro del Papa Piccolomini, anotado de la mano del descubridor de América. En este hace mención, con su puño y letra, de un viaje que hubiese hecho en la costa Oeste de Irlanda en Galway, en la tierra de origen San Brandán, por consiguiente donde pudo encontrar, entre los navegantes, informaciones útiles para su viaje americano.

Colón, descubriendo durante su tercer viaje la desembocadura del río Orinoco, escribe a los Reyes Católicos el 21 de octubre de 1492:

... grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos y sacros teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vecina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aun mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan hondo.

En cuanto a la forma de la Tierra y la situación del Paraíso terrenal, Colón que toma en cuenta la idea de Paraíso-montaña, considera sin embargo que la forma del orbe no es redondo sino que se parece a una pera o al seno de una mujer en cuyo pezón, es decir en su parte más alta, se encontraría el

Paraíso⁶. Su convicción de haber descubierto el Paraíso está supeditada, sin embargo a la voluntad divina: “No porque yo crea que allí donde es la altura del extremo sea navegable, ni sea agua, ni que se pueda subir allá, porque creo que allí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina”.

El mapa portulano atribuido a Colón está dividido en dos partes distintas (Fig.6. Mapa atribuido a Colón): en el centro figura un mapamundi que se respalda en Ptolomeo y representa los tres continentes; a la izquierda un pequeño mapamundi, inscrito en el centro de nueve círculos o esferas, con China en una isla grande, y a lo lejos el Paraíso. Colón escribió efectivamente que algunos de los mapas que consultó en su viaje a América incluían una esfera, y es por este motivo que se le atribuyo aquel mapa. Colón creyó haber encontrado aquella tierra edénica, tan buscada, cuando se encontraba en el Golfo de Paria, al nordeste de la actual Venezuela. Cuando Colón pensó haber llegado a Asia, por primera vez, nos daba a conocer su paraíso americano, confortándonos en la idea que a veces son las equivocaciones que permiten encontrar el Paraíso.

Conclusión

Teresa Gisbert dio un impulso original e sin precedentes a la Historia andinista, buscando islas de “pájaros parlantes” en un país que no tiene mar; las encontró, a lo largo de su vida, en los cuadros de las iglesias y “navegando” en el Altiplano donde pudo contemplar composiciones inéditas en los pórticos y los altares de los templos.

Sigo pensando, después de volver a leer *El Paraíso de los pájaros parlantes*, que el desafío de la investigación tiene mucho que ver con la búsqueda del Paraíso que constituye el tema central de la *Navegatio*. Más allá de la

6 “A las diez horas llegué aquí a este cabo del isleo y surgí, y asimismo las carabelas. Y después de haber comido fui en tierra, adonde aquí no había otra población que una casa, en la cual no hallé a nadie, que creo con temor se habían huido, porque en ella estaban todos sus aderezos de casa. Yo no les dejé tocar nada, salvo que me salí con estos capitanes y gente a ver la isla; que si las otras ya vistas son muy hermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más y de grandes arboledos y muy verdes. Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboledo en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las hierbas como en abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla; y después hay árboles de mil maneras y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más apenado del mundo de no conocerlos, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía, y de ellos traigo la muestra y asimismo de las hierbas” (21 de octubre de 1492).

metáfora, nuestras peregrinaciones se relacionan en efecto con los viajes de los conquistadores, los relatos de viajeros y las representaciones geográficas vacilantes de los mapas, donde lo imaginario precede siempre lo conocido. Desde mis dos primeros libros, las andanzas de Teresa Gisbert y las mías se encontraron a menudo, y probablemente seguirá siendo así, aunque ella no esté entre nosotros.

En el Cartucho de la sexta hoja del *Atlas Catalán* está escrito:

En el mar de las Indias, hay 7548 islas, de las que no puedo decir, todas las maravillas que en ellas se encuentran, de oro, plata y especies y de piedras preciosas
(...)

Mar de las islas de Indias donde se encuentran las especies, en la que navegan numerosos navíos de diversos pueblos y donde se encuentran III suertes de peces que se llaman sirenas, una especie es mitad mujer y mitad pez y la otra es mitad pez y mitad pájaro.

Buscando entre esta multitud de islas, no cabe duda de que muchos –entre los cuales algunos nos ubicamos– se encontrarán con varios de los protagonistas que animaron los hermosos recorridos de Teresa Gisbert.

Nos queda todavía mar por recorrer, islas por encontrar y mucho que seguir buscando. "Navegar es preciso, vivir no es preciso"⁷.

Bibliografía

- Al-Idrissi, classes Bibliothèque Nationale de France.
- Benedeit (1984). *Le voyage de Saint-Brandan*. Paris: 10/18 (Bibliothèque médiévale).
- Botex-Ferragne, Ariane (2009). *Le «court Moyen Âge» de la Navigation de saint Brendan: extinction et réception d'une tradition textuelle*. Open ed.
- Colomb, Christophe (1991). *La Découverte de l'Amérique*, t.III, *Ecrits et documents, 1492-1506* (edición de Michel Lequenne). Paris: La Découverte.
- Pelletier, M. (1999). *Couleurs de la Terre*. Paris: Le Seuil; Bibliothèque Nationale de France.
- Delumeau, Jean (1993-1994). *Jardin des délices*, Cercle de Réflexion Universitaire du lycée Chateaubriand de Rennes.
- ___ (1992). *Une histoire du Paradis. Le jardin des délices* Paris: Fayard.
- Deluz, Cristiane (1982). *Le Paradis terrestre, image de l'Orient lointain dans quelques documents géographiques médiévaux*. Openbook.

⁷ Esta cita proviene del conocido poema de Pessoa: los Argonautas.

Guerrin, M. (2009). Exposition BNF, Le Monde imaginé. Paris, Expositions Virtuelles.

Gannier, Odile (2002). "Le voyageur de la Renaissance et son bagage: l'esprit du Moyen Age à l'épreuve des Caraïbes". En: Les îles du mythe à la réalité. Lugar: Editions du Comité des Travaux historiques et scientifiques.

Gisbert, Teresa (1999). El paraíso de los pájaros parlantes. La imagen del otro en la cultura andina. La Paz: Plural editores; Universidad Nuestra Señora de La Paz.

Lecocq, Danielle (2002). "Îles du Dedans, îles du Dehors. Les îles médiévales entre le réel et l'imaginaire (VII-XIIIe siècle)". En: Les îles du mythe à la réalité. Lugar: Editions du Comité des Travaux historiques et scientifiques.

Lenoble, Savina (2016-2017). La Navegatio sancti Brendani abbatis, Construction d'un imaginaire monastique. Thèse de maitrise. Université de Louvain.

Le Goff Jacques (1985). L'imaginaire medieval, essais. Paris: Gallimard.

Lestingant, Frank (2004). "La voie des îles", Médiévales, 47.

López de Gomara, Francisco (1568-1569). Histoire Générale des Indes Occidentales et Teres Neuves (traduction de Martin Fumée). Paris: M.Sonnus.

Mackley, J. S. (2008). The Legend of St. Brendan: A Comparative Study of the Latin and anglo norman versions. Brill, coll. «The Northen World». Open edition.

Mandeville, Jean de (1993 [1356]). Voyages autour de la Terre. Lugar? C.Deluz, edit, La Roue à Livres.

Pline l'Ancien (2003). Histoire Naturelle, Livre IX. Paris: Les Belles Lettres.

Pseudo Calistenes (1997). Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia. Gredos.

Smet, Antoine de (1967). Cartes manuscrites du Moyen Age. Lugar: Scriptorium